

MANIFIESTO DEL HOMBRE-BURRO

(Oda al Mito de la Moderna Normalidad)

Escribo como el burro Rucio camina. Es decir, escribo con un gordo de realismo inconformista llamado Sancho Panza sobre mis lomos y con la mirada perdida en el culo del caballo de un Quijote demasiado loco. Es decir, escribo rápido cuando el peso me permite ser leve y despacio cuando la carga de esta enfermedad que no veo se acurruca junto a la nuca y no me suelta. Pero siempre escribo, por si acaso, para no perder la memoria de quien creo ser, alentado por un optimismo de zanahorias que pocas veces llego a alcanzar. La esperanza de los hombres-burro sin esperanza.

Por eso, mi nombre es Rucio; en honor al burro al que tanto debo. Tengo treinta y seis años y paseo por la ciudad. Vagabundeo pero con aspecto normalizado y socialmente camuflado. Pero no me quejo. Bueno, me quejo, pero sin que se note demasiado, con sarcasmo *sanchoril* sin panza. Soy escuálido como una lagartija en invierno y visto trajes baratos con corbatas caras que me regala mi cuñado. A pesar de ser hombre-burro, siempre bipolar, o precisamente por ello, también soy muy Quijote. No por lo de loco –demasiado obvio- sino por lo de soñador, ingenuo y optimista.

Sueño con vidas sin pastillas de litio ni rutinas forzadas para el equilibrio mental. Sueño con saber que siempre soy yo, diferente, divertido o serio, Quijote o Sancho, burro o caballo, zanahoria o berenjena, o mejor, burro-hombre que se mantiene siendo él, a pesar de las divergencias y sin perder la memoria. Sueño con vidas únicas,

con el fin del paralelismo de los peces que olvidan lo que han hecho; y sueño con personas que me miran a los ojos como a un individuo, como ellos, quizás peculiar, algo raro y extravagante a ratos, pero sensato, divertido e inteligente a pesar de mi condición de bipolar registrado.

Estoy enfermo, no soy enfermo. Soy, en todo caso, víctima de un holocausto mental no buscado, el regalo de alguna genética defectuosa sin culpables. No soy un cáncer de paranoias que camina. Tengo un trastorno mental, no soy un trastornado, ni un loco, ni un paranoico. Ni siquiera un artista de quijotadas demasiado creativas para este mundo. No. Soy un hombre, a veces un poco burro-hombre y otras un poco hombre-burro.

Tengo una enfermedad como quien tiene un trozo de papel higiénico pegado al zapato. No lo quieres pero ahí está, pegado...y todo el mundo parece verlo. Me reducen al papel pegado al zapato. Soy el estigma de un papel.

Mi enfermedad no me define ni me determina. Puede que, acaso, me condicione como un corazón defectuoso limita a un hombre-burro con problemas cardiacos.

Los enfermos son valientes luchadores. Los enfermos mentales son locos peligrosos, paranoicos esquizofrénicos escapados de un manicomio que tiran mujeres a las vías del tren o coleccionan catanas japonesas a la espera de una madre indefensa.

En mi casa no hay espadas en las paredes, sólo un par de cuadros y Dalí no me entusiasma. Cojo el tren muy de vez en cuando. Prefiero conducir y no suelo empujar a la gente. Me gusta la televisión, especialmente la telebasura, quizás porque soy un poco

de la secta del reciclaje. Y me gusta la literatura, la buena, la de los clásicos. Paradojas del hombre-burro.

Trabajo cuando me dejan, como la mayoría, y la crisis me afecta más que a muchos si mis estigmas se convierten en vallas luminosas. No los oculto pero tampoco voy por ahí saliendo de mi armario mental en plan recién liberado. No he visto a nadie pregonar sus gripes, sarampiones o ladillas a sus jefes. Si me preguntan, respondo. Si un tema circundante toca la salud mental no eludo mis experiencias. Me comunico en un mundo con poca comunicación.

Ahora diseño páginas web que hombres y burros visitan sentados en sus hogares y oficinas. Otra cruel paradoja del hombre-burro. Páginas web diseñadas por enfermos para otros enfermos con otras enfermedades. El mundo de la salud insalubre.

Trabajo, rompiendo las estadísticas de la mayoría de los que nos reunimos los jueves en terapia. Pero no eludo los parámetros generalizados de la soledad. Sin pareja. Nunca pensé en la falta de relación entre el enfermo y el amor. Ahora reflexiono mucho sobre este aspecto. Enfermos de primera y segunda. Siempre hubo clases. Debe ser eso que llaman neomarxismo. Ni siquiera la lástima se apiada del pobre hombre-burro que convive con hermosas Dulcineas que se le acercan con miedo. Siempre miedo. La palabra eterna que merodea como una enorme burbuja de nitrógeno a mi alrededor. La gente y el miedo. La masa uniforme de hombres-y-mujeres-burro no puede respirar el aire que respiro. Por el miedo, el dichoso miedo.

Mi enfermedad no se contagia; no es un virus mortal. No cometo más crímenes que cualquiera. A veces no pongo el ticket en zona azul y corro de regreso antes de que aparezcan los hombres de amarillo fosforito. A veces sigo corriendo y después intento eludir mis multas e incluso pago menos impuestos cada año con la vana esperanza de tener algo más al final. Hago trampas, lo confieso, y hablo de libros que jamás he leído. Soy culpable de ser mitad hombre, mitad burro.

Siete de la mañana un lunes cualquiera. Me levanto y conduzco – un poco rápido porque llego tarde. Cuarenta minutos después soy un semiurbanita en una ciudad que no alcanza ni siquiera a ser capital de provincia. Vivo en un pueblo, apartado del mundanal ruido... ¿extravagante en estos tiempos? Quizás locura de los hombres-burro.

Aparco, llego, subo las escaleras, saludo y me siento. Nadie ha notado nada. Los demás, han aparcado, han llegado, han subido las escaleras, han saludado y se han sentado...¿finjo o fingen? A media mañana, los demás café; yo té; una chica, sólo agua...¿nos habrán descubierto? ¿la chica será uno de los míos? El té es un síntoma inequívoco de falta de normalidad en mi oficina. La gente pregunta, se intriga. Consigo salir del paso mientras la chica pone excusas sobre su delicado estómago.

Una y media. Salimos a comer. Intento no socializarme con la chica, parece algo rara y me acerco al grupo. Estoy entre ellos, parezco normal. La elección de la comida será clave para mi integración. Dejo que mis compañeros elijan primero y después es fácil: lo mismo, exactamente lo mismo.

Regresamos a la oficina y sigo disimulando. Parezco integrado. Si continuo así, el té pasará a ser una anécdota. Por si acaso, mañana café. Quizás debiera empezar a fumar, para despistar.

Siete de la mañana, martes. Si mis lunes fueran así estaría loco. Sigo tomando té. No me importa demasiado lo que los demás piensan. Hablo con la gente que sólo toma agua. Dejé de fumar hace un año y no voy a volver. Tengo una enfermedad, no tengo pareja y dicen que está relacionado ¿quién sabe? Igual soy un poco feo, un poco delgado de más, un poco bizco, un poco raro. Me ha costado mucho encontrar trabajo y la gente que conoce mi enfermedad me mira de manera anómala, con miedo, con desconfianza o con conmiscencia.

Pero, yo sólo soy Rucio, un hombre-burro que a veces escribe, a veces lee, a veces trabaja y habla con chicas que beben agua.